

# El chico que nunca llegó al gabarrón

**Ion Arretxe**

**U**nas semanas antes de que se cumplieran diez años de su muerte, y la propiedad del nicho volviera a manos del ayuntamiento, Olga me pidió que la acompañara al cementerio, a la exhumación del cadáver de su hermano.

La familia de mi amigo, de mi amigo el muerto, había decidido sacarlo de la tumba, tan fría como todas las tumbas, y darle todo el calor de la incineradora.

Durante varios días estuve obsesionado con la idea de que, cuando los operarios rompiesen a martillazos la docena de ladrillos que nos separan del reino de los cielos, apareciese ante nosotros, en todo su esplendor, el cuerpo incorrupto de Javier, y hubiese que detener la operación e iniciar los trámites necesarios para su beatificación, circunstancia bastante graciosa tratándose, como se trataba, de un punki de cresta en pecho como había sido él.

Pero finalmente, nada de esto sucedió. Sobre los huesos amarillentos, que seguían unidos sin demasiada convicción, destacaba la rotunda circularidad de las chapas que adornaban los jirones de la que, en tiempos, había sido una flamante cazadora de cuero. Una de las chapas, muy descolorida, llevaba el nombre de uno de sus grupos favoritos, ODIO, y la otra, algo mejor conservada, lucía la palabra TAMPOCO, escrita, sobre un fondo negro, con letras amarillas.

Un TAMPOCO puro y duro, que era mucho más que el habitual NO de los punkis. Un TAMPOCO que era como insistir en el NO, volviéndolo a negar, y de esta manera, reafirmarlo.

Conocí a Javier en la Escuela Sindical, frente a la estación del topo de Errenteria-Orereta,

cuando los dos estudiábamos electrónica. Aunque él era de un curso superior, nos hicimos amigos. Además de nuestra afición a la música, nos unía nuestra pasión por el mus, a la que solíamos dedicar la totalidad de los recreos y, a medida que avanzaba el curso, una cantidad cada vez mayor de horas de clase.

A la hora de los exámenes, ni Pitágoras ni Gonzalo de Berceo ganaban una partida. Suspendíamos en todo.

Javier llegó a tocar la guitarra con muchísima soltura, y era capaz de los punteos más vertiginosos y de encontrar el acorde más difícil en cualquier parte del mástil.

A él le gustaba contar que todo lo que sabía de la guitarra lo había aprendido en la calle, y que su único maestro había sido un gitano de Galtzaraborda que le enseñó a tocar por bulerías, y a hacer el ventilador, con redoble, para tocar las rumbas de Los Chichos.

Pero yo sabía, por mi prima Raquel, que las primeras lecciones de guitarra se las habían dado a Javier en el club de tiempo libre de la parroquia de Iztieta, en la que su madre, además de catequista, era la encargada de limpiar la iglesia y de cambiar las flores para los funerales y la misa de los domingos.

Enseguida, Javier montó su mítica banda –porque mítica era para nosotros– “Los Rumberos de Astigarraga” que, aunque no llegaron a grabar ningún disco, tocaron en muchos pueblos de la zona y en algunos del valle del Baztán donde, todavía hoy, se les recuerda con una admiración que le debe todo, o casi todo, a la nostalgia.

Como nunca tuvieron el dinero suficiente para alquilar un local, ensayaban en el Parque Nuevo, donde tenían un banco reservado, que los vecinos solían respetar, sobre todo a última hora de la tarde, cuando Javier y los suyos se juntaban a tocar, después de hacer como que trabajaban en sus cosas y creían que se ganaban eso que se llama la vida.

Javier era muy aficionado a la música punk, y a la buena literatura. Lo prueba el hecho de que siempre llevaba en el bolsillo interior de su chupa de cuero la primera novela del escritor Carlos Pérez Merinero, "Días de guardar", que solía usar, en momentos de incertidumbre, como si de un oráculo se tratara, abriéndola por cualquiera de sus páginas, con la certeza de que siempre iba a encontrar la frase adecuada, el pensamiento preciso y la gilipollez exacta.

Pasaba las páginas de la novela con la misma velocidad con la que un prestidigitador pasa las

cartas de una baraja, y pedía, a quien estuviera junto a él, o a cualquiera que pasara por la calle, cuando estaba solo, que le mandara detenerse al llegar a una página cualquiera. "¡Ahí!", decía el tipo o la tipa a la que le había tocado aguantar su chaladura. Entonces, abría el libro por el lugar señalado, y leía el primer párrafo de la página que el azar había elegido.

"¡Para, para!". Página 65. Y él leía, tal cual. "Se pasa uno la vida trabajando más que un tonto, sin disfrutar de nada, y llega el momento fatídico en que te encuentras en la camita –coño, toco madera– dispuesto a emprender el último viaje, que diría un tío letrado. Pasas por aquí sin comerlo ni beberlo, descornándote para que otros se coman y se beban su parte y la tuya.

Así las cosas, un buen día lo ves claro, se te inflan los cojones y dices: "Hasta aquí llegué". Se acabó, tarifa. En una palabra: borrón y cuenta nueva".



También podían pararle a la altura de la página 16, y entoncesabría de par en par el libro, desgastado por el uso y las muchas pajas mentales, y leía: “Y la culpa de todo la tienen los periodistas. Por mi madre, que con las tripas del mejor ahorcaba al peor. ¿Se han fijado alguna vez en la cantidad de paridas que se escriben en los periódicos? Pues si no se han fijado, fíjense. Cosas que le interesen a uno, lo que se dice cosas que le interesen a uno, hay que buscarlas con lupa. Sin embargo, chorradas, todas las que quieran. Pero eso sí, le dan un barniz los tíos que parece que nos va a ir la vida en que tal menda de nombre impronunciable gane las elecciones en Dinamarca o en que los Estados Unidos no vendan trigo a los rojazos de los rusos. La monda en bicicleta, vamos”.

“Los Rumberos de Astigarraga” no iban de estrellas. Actuaban en los descansos de los conciertos de otros grupos. Y no es que fueran como teloneros o gente de relleno, no. No tenían instrumentos y tomaban al asalto, como okupas, lo que los otros músicos más pudientes habían dejado libre mientras se tomaban unas birras, o a saber qué porquerías, en el entreacto.

Lo daban todo en cada actuación.

Una de las más sonadas fue en el puerto de Donostia, durante la Semana Grande, aprovechando el descanso en un concierto de “Nacha Pop”.

Tuvieron tanto éxito que ya no hubo forma de echarles. El público a los que echó fue a los músicos de la banda madrileña, que ya no pudieron tocar un tema más.

En esta actuación, hoy mítica para muchos de nosotros, cantaron por primera vez “Saber llegar”, un verdadero himno para toda una generación de renterianos.

Llegué a estudiar segundo de F.P.  
y a conjugar el *passé composé*.  
Llegué mucho más lejos  
al dar con mis huesos  
en la cárcel de Carabanchel.  
Llegué a acompañar hasta el portal  
a una chica que no estaba nada mal.  
Llegué hasta el fondo  
y giré en redondo  
porque en el fondo, todo es igual.  
Llegué a acariciar una ilusión  
y en baloncesto llegué a ser del montón.  
Llegué a dar una hostia a mi patrón  
pero nunca, nunca, llegué al gabarrón.  
Llegué a tatuarme con dolor  
las iniciales de un incierto amor.  
Llegué a dar una hostia a mi patrón  
pero nunca, nunca, llegué al gabarrón.

Aunque, sin lugar a dudas, la canción que le dio más fama fue “Lléname estas bolsas, cuatroojos”, ska frenético, mamoncete y bobalicón, con el que solían cerrar los pocos conciertos que consiguieron finalizar sin incidentes.

Al toque de trompetas  
acudiré tranquilo  
con mi árbol plantado  
y con mi libro escrito.  
Eparcí mi semilla,  
no tanto mi apellido.  
Así que yo me iré  
con el deber cumplido.  
Pero antes de partir  
en el último viaje,\*  
con el fin de pagar  
a Caronte el peaje,  
voy a atracar un banco,  
tan a gustito,  
y estiraré la pata  
con el deber cumplido.  
Lléname estas bolsas, cuatroojos,  
que pierdo los papeles si me enojo.  
Lléname estas bolsas, que te veo,  
que he quedado esta noche contigo en el  
infierno, Timoteo.

\*Nota: Hay que señalar la influencia inequívoca, en estos dos versos (“Pero antes de partir / en el último viaje”), del fragmento perteneciente a “Días de guardar”, de Carlos Pérez Merinero, en el que Antonio Domínguez, su protagonista, habla de “el momento fatídico en que te encuentras en la camita (...) dispuesto a emprender el último viaje”.

Otros estudiosos han intentado ver, tanto en el texto de la mencionada novela, como en la letra de la canción, ciertas resonancias machadianas, y más concretamente del poema “Retrato”, perteneciente a “Campos de Castilla”: “Y cuando llegue el día del último viaje / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar...”.

Antonio Domínguez, el personaje narrador de “Días de guardar”, añade la coletilla “como diría un tío letrado” admitiendo, a su manera, la procedencia libresca de la frase que estamos comentando.

Volviendo a Javier, de todas las hazañas que se le atribuyen ninguna hay tan épica como la que se refiere a aquella tarde de un incierto verano de 1984, con las calles del pueblo tomadas por las Fuerzas de Orden Público, como era habitual en aquellos años, en la que tuvo la osadía de sustituir la cinta de cassette que, desde la torre de la iglesia de la Asunción amenizaba con las notas del “Andre Maddalen” cada vez que el reloj daba las horas en punto, por una cinta de BASURA, su grupo favorito.



Cuando sonaron las campanadas de las nueve de la noche, en vez de la tradicional musiquita, empalagosa pero bailable para los bailongos, empezó a sonar a los cuatro vientos “Redadas de la policía”: “Vivo en un barrio bajo entre ratas y basura./ Como única compañía redadas de la policía./ No me dejan descansar. Todo el día molestando./ No os podéis imaginar el asco que nos dan./ Redadas de la policía. No te dejan descansar./ Redadas de la policía. ¡Cuidado, que van a por tí!”.

Si el desconcierto de la gente fue grande, imaginaos el de los policías. Apostados estratégicamente en las esquinas más céntricas del pueblo, miraban desconfiados más allá de los tejados, como si de un ataque aéreo enemigo se tratara. Una vez descubierta la fuente sonora, el capitán que estaba al frente del operativo, disparó varias pelotas de goma contra los altavoces de la torre, sin conseguir silenciarlos del todo. Tuvieron que buscar al sacristán para que les abriera la iglesia y les llevara hasta el cuerpo del delito. Pero, para entonces, el “Estoy hasta los cojones de tenerlos que aguantar. Estoy hasta los cojones. ¡Dejadnos en libertad!” había sonado más de doscientas veces.

Unos meses después del fatídico accidente que acabó con la vida, a los 27 años, de Javier, su hermana Olga me hizo llegar una carpeta azul, en cuya portada ponía “Chorradas que yo hago”, repleta de notas y escritos, en los que él llevaba tiempo trabajando.

Había letras de canciones, la mayoría incompletas, un par de guiones de “Supergranos” –un superhéroe de cómic, creado por él e inédito a día de hoy, que se defendía de los villanos lanzándoles el pus de sus espinillas–, y varios artículos que había escrito para “El Pelo en la Uña”, el fanzín en el que colaboraba habitualmente.

En uno de estos artículos, titulado “La música del crimen”, analizaba la presencia de música y canciones en las novelas policíacas de Carlos Pérez Merinero: Raffaella Carrá, Aznavour, “Chúpame la minga, Dominga, que vengo de Francia...”, un artículo musicalmente criminal, como se adivina por las referencias.

“A voz en grito”, era el título de otro articulillo. En él, Javier hacía una clasificación, siguiendo criterios de métrica, ritmo y musicalidad, de las consignas que se gritan en las manifestaciones y en los campos de fútbol. Según este estudio

peregrino, porque peregrino está demostrado es estudiar, "Los de la acera, a la carretera", sonaba igual que "Este partido lo vamos a ganar". Y "Zuek faszistak zarete terroristak" pertenecía al mismo grupo que "Fraga cabrón irás al paredón", o que "Yuste, amigo, el pueblo está contigo".

Mientras escribo estas palabras, tengo frente a mí, sobre la base de la lámpara de mi escritorio, la chapa con el TAMPOCO que perteneció a Javier y que su hermana Olga y yo rescatamos del mundo de los muertos.

Busco en el diccionario, y me dice, porque los diccionarios siempre dicen cosas: "Tampoco: Adverbio con el que se niega una cosa después de haber negado otra". Esto no, y esto tampoco. Negarlo todo.

No sé bien qué me quiere decir Javier, pero sé que trata de decirme algo. O tal vez no. O a lo peor, tampoco.

Hace unos días esparcimos las cenizas de nuestro amigo. Como sus familiares no se ponían de acuerdo respecto al lugar, y Javier no había dejado escrita ni una palabra sobre el tema, las cenizas fueron a parar a los sitios que, a nuestro parecer, más le habían gustado en vida.

Unas pocas fueron a la burrería, detrás de la Sindical y de la Plaza del Mercado, donde Javier fumó sus primeros porros. Otras, al Parque Nuevo, junto al banco donde "Los Rumberos de Astigarraga" pasaron tantos ratos, escapándose hasta de sus ganas de no trabajar. Otras, junto a la iglesia de Iztieta, donde se solía juntar, para darse vidilla, con los demás punkis del pueblo. Y otras, en fin, en Quiroga y Matxain, donde contribuyó a levantar tantas barricadas.

Yo me quedé un puñadito. Un puñadito de sus cenizas, tan pocas que me cabían en la mano.

Una pizca la he espolvoreado entre las páginas 172 y 173 de "Días de guardar", sobre uno de los párrafos que más veces me leyó, aquél que dice así: "Cuanto más contemplo a la gente en la calle, más extranjero me siento. No me refiero a ser de otro país, no, sino a que me siento extraño".

Y aún me queda otro resto, el último, el que pienso lanzar, cuando se acerque el verano, en mitad de la bahía, desde lo más alto del gabarrón.

Y sé que no serán las tuyas, sino que lo que lanzaré al mar serán mis ruinas, lo que quede de mí. Mis cenizas.